

de Dorset, de Huntington, de Bedford, de Buckingham, de Somerset y de Lancaster, el Shropshire, el Suffolk y el Surrey enviaron al Rey enérgicas exposiciones, y encargaron á sus representantes hacer lo necesario para que se abriera informacion sobre las causas de los últimos desastres. Lo propio sucedia en las grandes poblaciones que pasaba en los condados, llegando algunas á dar por instrucciones á sus procuradores que se diera de mano á los subsidios. La nacion se hallaba, en fin, en tal estado de rabia y desesperacion, que no ha tenido semejante.

Antigua es la costumbre de reputar por mejor que lo presente cualquiera tiempo pasado; mas no será posible decir esto tratando del año 1756 en Inglaterra, época en la cual persuadió fácilmente á todos *La Estadística* de Brown, libro del cual nadie se acordaria hoy á no ser por las alusiones que á él hicieron Cowper en sus *Conversaciones*, y Burke en sus *Cartas sobre la paz regicida*, de que la nacion se hallaba entregada en manos de una cuadrilla de malhechores cobardes, que nada sería eficaz á salvarla, que la faltaba muy poco para ser esclava de sus enemigos, y que merecia su destino. ¿Cuál sería el estado de los ánimos cuando tales cosas se decian, leian, creian, admiraban y aplaudian al comenzar la guerra más gloriosa que haya sostenido jamás la Gran Bretaña!

Con estas manifestaciones del espíritu público empezó Newcastle á temer por su cargo, y por lo que amaba más aún: su cabeza; que la nacion parecia necesitar sangre para calmarse. Pero si bastaba por el momento sacrificar Byng á sus iras, ¿qué holocausto sería necesario si ocurrían nuevos desastres? ¿Qué sucederia si era proclamado rey un príncipe

mal dispuesto en favor del gobierno? ¿Qué si la Cámara volvía hostil de los comicios?

Con el mes de Noviembre llegó la crisis decisiva. El nuevo secretario de Estado, á quien causaba constantes motivos de disgusto la perfidia y la ligereza del primer lord de la Tesorería, y que además temia ya con razon ser víctima propiciatoria de las intrigas y amaños de Newcastle, quien á pesar de sus muestras repetidas de ineptitud no carecia de habilidad para eludir peligros y responsabilidades, presentó la dimision de su cargo. El Duque recurrió á Murray; pero éste se hallaba entónces á punto de lograr el objeto de sus ambiciones por estar vacante la plaza de presidente del Tribunal Supremo, y resuelto, si no la obtenia sin más tardanza, á engrosar las filas de la oposicion. Newcastle le hizo cuantas proposiciones son imaginables, la presidencia del ducado de Lancaster, entre otras, una plaza de contador en el Echiquier, una pension, tan considerable como quisiera, de dos mil libras esterlinas ó de seis mil, que la cifra importaba poco; pero cuando así el Duque como sus colegas se persuadieron de la inutilidad de sus esfuerzos y de que Murray ni vacilaba siquiera en sus propósitos, le pidieron que nada hiciera en contra del Gabinete aquella legislatura, ó á lo ménos por un mes, ó por una semana, ó siquiera por un dia. ¿Se prestaria Murray á presentarse una vez todavía, no más de una, en la Cámara de los Comunes? Y si aparecia en ella, ¿querria no más que una vez hablar en pro del mensaje? A todo contestó Murray de una manera categórica que podian darle ó no la presidencia del Tribunal Supremo, pero que no sería por más tiempo fiscal.

En aquella circunstancia intentó el de Newcastle



vencer resueltamente las preocupaciones del Monarca, y dió principio á su empresa entablando negociaciones con Pitt por medio de lord Hardwick. Pero Pitt conocia su situacion, y lo demostró contestando al enviado que no formaria parte de ningun gabinete presidido por el de Newcastle.

Este fué para el Duque el golpe de gracia, y ya no supo qué hacerse. A todos pedia consejo, sin atender á lo que le decian, é iba de una parte á otra profiriendo amenazas ó llorando. Y como el dia de abrirse la legislatura se acercaba, y la opinion pública seguia en gran modo excitada, y nadie reunia las condiciones necesarias para luchar con Fox y Pitt en la Cámara de los Comunes, á Newcastle le faltó el valor y se retiró de los negocios.

El Rey mandó llamar á Fox y lo encargó de la formacion de un gabinete de acuerdo con Pitt; pero éste, que no habia olvidado las pasadas ofensas de aquél, rehusó hacer cosa ninguna de concierto con Fox.

Llamó entónces S. M. al duque de Devonshire, y Pitt cedió á su mediacion, encargándose el primero de la Tesorería; Legge, del Echiquier; lord Temple, con cuya hermana estaba casado Pitt, del Almirantazgo, y Pitt, de la direccion de la Cámara de los Comunes, con el carácter de secretario de Estado.

Mas tampoco podia durar mucho tiempo esta combinacion, que apenas logró cinco meses de existencia, durante los cuales Pitt y lord Temple hubieron de sufrir desaires del Monarca y de la Cámara, cuyo apoyo fué débil y de poca cuenta, dándose el caso de que la oposicion lograra impedir á varios de los nuevos ministros el ser reelegidos. Pitt mismo, que representaba uno de los distritos propios de los Pelham, no sin mucha dificultad pudo

encontrar distrito despues de haber aceptado los sellos: tan falto se hallaba el nuevo gobierno de la influencia que servía en aquel tiempo á darles vida. Uno de los argumentos más usuales contra el *bill* de reforma ha sido siempre decir que con el sistema de la representacion popular podria darse el caso de que hombres cuya presencia en la Cámara de los Comunes fuera indispensable á la direccion de los negocios públicos se hallaran en la imposibilidad material de tener distrito; pero es lo cierto que si este peligro se presentara nada seria más fácil que hallarle remedio y aplicárselo, y los que nos amenazaban con él habrian hecho bien recordando que, con arreglo al antiguo sistema, un grande hombre llamado al poder en momentos criticos por la voz unánime de la nacion, podia correr el riesgo de quedar excluido de la Cámara cuyo más principal ornamento fuera, por obra de cábalas aristocráticas.

El suceso más importante que tuvo lugar bajo el gabinete Devonshire fué la causa de Byng, y áun cuando la opinion pública se halla todavía dividida en orden á este asunto, de nosotros diremos que lo hecho con el almirante nos parece injusto y arbitrario por demas. Porque si la traicion, la cobardía, ó la *crassa ignorantia*, para emplear lenguaje de le-jistas, pueden merecer castigos severos, Byng no era culpado de traicion, de cobardía ni de ignorancia de su oficio, sino que pagó con la vida un hecho que habria podido cometer el súbdito más leal, el marino más experto y el militar más esforzado, muriendo por haberse equivocado, del propio modo que se equivocaron Federico, Bonaparte y Wellington, segun ellos mismos reconocieron. Errores de tal índole no merecen castigo, porque impo-



niéndoselo no se impiden, sino que se da ocasion á ellos, pues si el temor de muerte ignominiosa puede ser eficaz á que los traidores vuelvan á sus banderas y á que los cobardes no huyan, carece de virtud para desarrollar el talento que permite á los hombres tomar en las circunstancias difíciles rápidas y acertadas disposiciones; que puede no hacer buena puntería el mejor ballestero cuando la cabeza de su hijo sirve de base al blanco. Nada es tampoco tan ocasionado á privar de calma y serenidad á un oficial en el momento que más la necesita, como la certeza de que si su parecer no logra estar de acuerdo con el de sus jefes, sufrirá la pena de muerte precedida y acompañada de las accesorias más ignominiosas. Dicen que las reinas se hallan al dar á luz en mayor peligro que las demas mujeres, porque sus médicos no tienen, respecto de ellas, la calma necesaria para obrar cual conviene, y que por eso, viendo Napoleon que la perdía el cirujano de María Luisa, le dijo: «Tranquilizaos y tratad á la emperatriz como á una vecina de la calle Saint Denis,» demostrando con esta conducta más prudencia y cordura que no aquel rey de Oriente de quien hacen mencion *Las mil y una noches*, y que mandó decapitar á todos los médicos que no acertaran á curar su hija. Pero Bonaparte conocia mucho el corazon humano, y por esa causa procedió siempre con sus oficiales como con el médico de su mujer; y es lo cierto que, si ningun soberano fué más indulgente con los errores de apreciacion, tampoco ninguno tuvo á su servicio mayor número de militares propios para ejercer grandes mandos.

Pitt se condujo en aquella ocasion de una manera honrada y viril, exponiendo su popularidad y su poder en defensa de Byng, por quien abogó en la

Cámara y en el despacho de S. M.; pero el Rey permaneció inflexible.

—«Señor,—le dijo,—la Cámara de los Comunes parece inclinarse á la clemencia.»

—«Caballero,—le contestó el Rey,—vos me habeis enseñado á buscar fuera de la Cámara el espíritu de mi pueblo.»

La réplica fué más sutil de lo que solian ser las frases de Jorge I, y áun cuando su inteligencia era sardónica en grado sumo, envolvía un cumplido justo y grande hácia Pitt.

Pero si el Rey no amaba á Pitt, á lord Temple lo tenía en aversion. «El nuevo secretario de Estado, decia S. M., no conoce á Vatel, y es vano y fastidioso; pero circunspecto conmigo. En cambio, el primer lord del Almirantazgo es impertinente y grosero.» Así era, en efecto, y para demostrarlo refiere Walpole una anécdota, sobrado chistosa para ser cierta, pues asegura que Temple, para defender á Byng ante S. M., se permitió hacer un largo paralelo entre la conducta del almirante en Menorca, y la del Rey en Oudenarde; paralelo, dicho sea de paso, en el cual todas las ventajas resultaban á favor del encausado.

Fácilmente se comprende que no podia durar un estado de cosas tal. A principios de Abril fueron despedidos Pitt y sus amigos, y llamado el duque de Newcastle á Saint James. Pero el descontento de la opinion no habia pasado, sino encalmándose con la entrada de Pitt en los negocios. El fuego ardia bajo la ceniza, y al faltar él, brotaron las llamas de nuevo: bajó la bolsa; el municipio londinense le otorgó el título y los derechos de burguesía de la *City*, siguiendo su ejemplo todas las corporaciones análogas de las grandes ciudades; y como es costumbre



inglesa poner estos diplomas en cofrecillos de metales preciosos, Walpole decia que «durante algunas semanas llovieron cajas de oro en la morada de Mr. Pitt.»

Fué aquella la ocasion decisiva de la vida de Pitt. Hubiérase creido que un hombre de carácter tan altivo y airado, que habia recibido del Rey tantos desaires, al sentirse apoyado del pueblo con tal entusiasmo se diera prisa en tomar desquite, sobre todo cuando no le faltaban pretextos. Fué uno la actitud de los representantes de muchos condados y ciudades principales, que recibieron de sus comitentes el encargo de proponer una investigacion de las causas que produjeron los desastres del año anterior; proposicion que se adoptó sin dificultad, y cuyos trabajos comenzaron pocos dias despues de la salida de Pitt del poder. Newcastle y sus colegas habian obtenido un voto absolutorio; pero la minoría era tan fuerte que no se atrevieron á pedir la sancion de su conducta, como se propusieron en un principio, no faltando personas sagaces para decir que si Pitt hubiera puesto entónces en juego todos sus recursos, la investigacion habria seguido su curso, resultando de ella un voto de censura, ya que no un proceso en forma.

Pero Pitt demostró en aquella circunstancia una moderacion é imperio sobre sí mismo desusados en él. Consistia esto tambien en que sabia por experiencia propia no serle posible sostenerse solo; y que, áun cuando su elocuencia y su popularidad habian hecho mucho en su favor, tanto que, careciendo de bienes de fortuna, siendo de modesto nacimiento, sin distritos propios, y aborrecido del Monarca y de la clase noble, no sólo habia conseguido ser un personaje importante, sino formar gabinete

y pronunciar un fallo de exclusion contra sus rivales, contra el ilustre magnate más poderoso del partido *whig* y el orador más hábil de la Cámara de los Comunes, habia ido demasiado léjos; que si el elemento popular entraba por mucho ya entónces en la Constitucion inglesa, la preponderancia pertenecia en la mayor parte de los casos á otros elementos. La confianza y el afecto del pueblo podian hacer temible á un hombre público que acaudillara las oposiciones, y abrumarlo bajo el peso de cofrecillos de oro y de pergaminos iluminados, y en ciertos casos, como los del año anterior, elevarlo á las regiones del poder; pero en un Parlamento tal cual se hallaba entónces constituido, no podia el favorito del pueblo contar con la mayoría, ni siquiera en la Cámara popular. A su vez, el duque de Newcastle, por más despreciable que fuera bajo el punto de vista de la moralidad, de los modales y de la inteligencia, era enemigo peligroso, y su rango, sus riquezas y la incomparable cantidad de distritos que poseia hubieran bastado siempre á darle importancia. Y si á esto se agrega que la nobleza *whig* lo consideraba por su jefe; que habia ejercido el poder tanto tiempo que parecia tener derecho á ejercerlo siempre á virtud de una manera de prescripcion; que la Cámara de los Comunes era hechura suya; que todos los representantes de los distritos ministeriales los habia designado él, y que los cargos públicos rebo-saban de sus protegidos, la importancia se trasformaba en omnipotencia casi.

Pitt deseaba el poder con ánsias vivas y por motivos elevados y generosos, siendo, en toda la extension de la palabra y en su sentido más exacto, un patriota, sin que por eso pudiera decirse de él que fuera un filántropo modelado al contacto de las



ideas preconizadas por los grandes publicistas franceses del siglo anterior. Amaba á Inglaterra como los atenienses amaban á Atenas, y los romanos á Roma; y al ver á su patria insultada y vencida, al ver abatido su antiguo valor, y sabiendo cuán grandes recursos contenia en su seno y de cuánto auxilio podrian serle en tan difíciles circunstancias, empleados de una manera vigorosa y tan fuerte y tan incontrastable cual lo haria él, podia decir en cierta ocasion al duque de Devonshire: «Milord, estoy seguro de salvar á mi patria, y tambien de que soy el único capaz de hacerlo.» Deseaba, pues, el poder con toda la vehemencia de su alma; pero como comprendia tambien al propio tiempo que su capacidad y la confianza que le dispensaba la nacion no bastarian á sostenerlo en él á despecho de la corte y de la clase noble, comenzó á preocuparse de una coalicion con el duque de Newcastle.

Tambien Newcastle se hallaba bien dispuesto á la reconciliacion; que no habia sido en vano para él la experiencia de las cosas pasadas y aprendido, además, que la corte y la nobleza, por fuertes y poderosas que sean, no lo son todo en el Estado. Porque si una fuerte agrupacion oligárquica, un número considerable de distritos sometidos al gobierno, grandes medios de defensa y fondos secretos en cantidad considerable podian ser en tiempos tranquilos y bonancibles cuanto hubiera menester un ministro, no era cuerdo fiarlo todo á tales elementos en dias de agitacion, de guerra y malestar. Además, la Cámara de los Comunes no se componia sólo de la clase aristocrática; y aun cuando así hubiera sido, el espíritu de las grandes asambleas es siempre más ó ménos popular, y allí donde hay debates libres y prensa que goza de libertad, la elocuencia debe de

tener admiradores, la razon conversos, y los gobernantes actitud penetrada de respetuoso temor hácia los gobernados.

Por tal manera estos dos hombres de carácter tan diverso, hácia poco mortales enemigos, se hallaron menesterosos uno de otro. Newcastle habia caido el mes de Noviembre por faltarle aquella confianza pública que Pitt poseia tan de lleno, y aquel apoyo en la Cámara que ningun otro en su tiempo era capaz de dar como él; y Pitt habia caido el mes de Abril por faltarle aquella manera de influencia que Newcastle pasó toda su vida ganando y atesorando. Ni éste ni aquél tenían fuerza bastante para sostenerse por sí solos, y si uno y otro habian sido bastante poderosos para derribarse mutuamente, unidos, llegarían á ser invencibles, y ni el Rey, ni partido alguno podrian, no ya echarlos del poder, pero ni hacerles frente siquiera.

En tal coyuntura, no se hallaba dispuesto Pitt á extremarse contra los que lo habian precedido en los negocios. Y aun cuando algo debia de hacer en obsequio á la consecuencia y para conservar su popularidad, y lo hizo, aunque fué poco, logró causar tanta impresion como si hubiera ejecutado mucho: se presentó en la Cámara con todos los arreos de un gotoso: cayada, franelas y vendajes; y dirigiéndose á su escaño con paso vacilante, tomó asiento, dando muestras de sufrir extremadamente, sin abandonar su puesto por espacio de algunos dias, durante los cuales hizo uso de la palabra diversas veces con lenguaje lleno de vehemencia en ocasiones, pero en general penetrado de moderacion.

Cuando la informacion terminó sin que recayera votacion favorable ni contraria en ella, el grande



obstáculo de la coalicion habia desaparecido; pero aún quedaban otras dificultades por vencer, porque S. M., que se complacia pensando haberse librado aquella vez del ministro ambicioso y altivo que le impuso la opinion pública otro tiempo, montó en cólera sabiendo que Newcastle, á quien tantas muestras de confianza y afecto dispensaba desde hacia treinta años, y que le habia prometido de la manera más solemne no aliarse jamás con Pitt, premeditaba esa nueva perfidia. De todos los hombres de Estado de aquel tiempo, era Fox el más agradable al Rey, siendo la coalicion entre Newcastle y Fox el arreglo que más deseaba S. M.; pero el Duque tenía sobrada malicia para cometer esa torpeza. Porque si á título de orador elocuente podia ser Fox tan útil en la Cámara de los Comunes como su ilustre rival, en cambio era uno de los hombres más impopulares de Inglaterra. Por otra parte, Newcastle sentia, tratándose de Fox, los celos que siempre han existido entre personas de la misma profesion. Fox hubiera pretendido intervenir en el departamento que Newcastle se reservaba para sí, y en órden al cual no transigia con nadie, esto es, en el mercado de las conciencias, y Pitt, por el contrario, se mostraba dispuesto á dejar el monopolio de la corrupcion á quien quisiera ejercerlo.

La nacion estuvo entónces once semanas sin ministerio, con las Cámaras abiertas y en pleno periodo de guerra, siendo causa de las demoras que sufría el proyectado acuerdo entre Pitt y el Duque la mala voluntad del Rey, las pretensiones tan altivas de Pitt, y los celos, la ligereza y la perfidia de Newcastle. Y como Pitt conocia demasiado al Duque para fiarse de su palabra sin garantías, y el Duque amaba demasiado el poder para ofrecerlas.

miéntras regateaban el concierto, Jorje buscaba en vano el medio de producir un rompimiento entre ambos, ó de formar gobierno sin ellos. Al efecto, se dirigió á lord Waldegrave, hombre sensato y honrado, pero sin práctica ninguna de los negocios públicos; mas aún cuando el noble lord se atrevió á encargarse de la Tesorería, presto conoció que no podria sostenerse una semana con el gabinete que formara.

Cedió al fin el Rey á la necesidad, no sin haberse ántes expresado con acritud, y hasta cierto punto con razon, acerca del concepto que le merecian los *whigs*, los cuales nunca hubieran debido hablar de libertad cuando se contentaban con ser los lacayos del de Newcastle. A su vez, la influencia de Leicester House logró que Pitt cediera un tanto de sus grandes pretensiones, y entónces se vió salir repentinamente del caos en que desde hacia tiempo se agitaban los partidos elevándose y cayendo, y aliándose y separándose, un gobierno tan poderoso en lo interior como el de Pelham, y tan incontrastable en lo exterior como el de Godolphin.

Encargóse de la Tesorería Newcastle; Pitt de la Cámara de los Comunes y de la direccion suprema de la Guerra y de los Negocios exteriores con la Secretaría de Estado, y Fox de la Pagaduría general del ejército. Merced á este oficio, el más lucrativo del gobierno durante la guerra, se cerró la boca del único individuo que hubiera podido causar molestias al gabinete. Pero aún cuando Fox estaba pobre y el cargo era muy tentador, parece increíble que consintiera merced al sueldo en aceptar una situacion secundaria, y en votar silenciosamente los acuerdos de un gobierno en cuyas deliberaciones no tomaba parte alguna el hombre que tan princi-



pal papel habia representado en la política de su patria, cuyas facultades fueron siempre superiores, que habia sido ministro y director de la Cámara de los Comunes, que habia recibido encargo dos veces de formar gobierno, que gozaba fama de ser rival de Pitt y que pareció un momento serlo venturoso.

Antes revistieron las primeras medidas de la nueva administracion carácter enérgico que no prudente. Salieron expediciones contra diversas partes de la costa francesa, que obtuvieron muy escaso resultado: la isleta de Aix cayó en poder de los ingleses, amenazaron á Rochefort, quemaron algunos barcos en Saint-Malo, y llevaron á su patria cierto número de cañones y morteros tomados al enemigo en Cherburgo. Pero no pasó mucho tiempo sin que conquistas y victorias de mayor importancia llenaran pronto de júbilo, regocijo y orgullo á los ingleses, porque una serie de triunfos, á cual más glorioso, y que reputaban á la sazón por muy fecundos en bienes para la patria, elevaron al más alto grado la fama del ministro en cuyas manos se hallaba la direccion de la guerra. Luisburgo quedó por las armas británicas el mes de Julio de 1758, y luégo la isla entera de Cabo Breton, y á seguida fué desbaratada la escuadra en que fiaba la corte de Versalles la defensa de la América francesa. Las banderas tomadas al enemigo fueron llevadas en triunfo del palacio de Kensington á la *City*, para ser suspendidas en la iglesia de San Pablo con gran ceremonia y mucho estruendo de artillería, timbales y aclamaciones de la multitud. Todas las ciudades de Inglaterra enviaron calurosas felicitaciones, y el Parlamento se reunió para dar un voto de gracias al gobierno, acordar la ereccion de monumentos que perpetuarán la gloria de sucesos tan famosos, y con-

ceder sin vacilaciones ni reservas créditos dos veces más considerables que los otorgados durante la guerra de la Grande alianza.

El año de 1759 se inauguró con la conquista de Gorea, y á seguida se apoderaron tambien los ingleses de la Guadalupe, de Ticonderoga y de Niágara; la escuadra de Tolon quedó completamente deshecha por Boscawen, á la altura del cabo Lagos, y en las alturas de Abraham alcanzó el general Wolfe su famosa victoria, la más gloriosa de aquel año. Las nuevas de la heroica muerte del caudillo inglés y de la toma de Quebec llegaron á Lóndres la semana misma en que se reunia el Parlamento. Todo era plácemes y alegría, y hasta la envidia y la mala voluntad tuvieron que batir palmas á compas de los más entusiastas; *tories* y *whigs* se deshacian unánimes en alabanzas del ingenio y de la energía de Pitt; nadie pensaba en sus colegas, y así la Cámara de los Comunes, como la nacion entera, las colonias, los aliados y los enemigos de la Gran Brataña, todos tenian en él los ojos fijos.

Apénas habian votado las Cámaras un monumento al general Wolfe, la noticia de otro suceso importantísimo vino á reclamar nuevos festejos. Porque como la escuadra de Brest se hubiera hecho á la mar bajo las órdenes de Conflans, una flota inglesa, mandada por el almirante Hawke le dió caza, y al querer refugiarse el frances en las costas de su patria, su contrario lo abordó. Era de noche, peligroso el paraje por estar sembrado de peñascos, el tiempo duro, la mar embravecida, la oscuridad profunda y temerosa y la ocasion terrible; pero Pitt habia logrado infundir en el ánimo de cuantos servian á su patria una entereza desconocida de mucho tiempo atras. Tampoco ningun marino, recordando la suerte